

En el mismo hotel

José María Eça de Queirós

Ya Alfred de Musset, en versos mediocres, aunque inmortales, nos enseñó que quince días, quince cortos y ligeros días,

Font d'une mort récente une vieille nouvelle!

De una muerte reciente, una vieja noticia... ¡En efecto! Y no únicamente la noticia envejece, destiñe, se marchita, desciende a una basura como es un periódico en el que primero brilló y resonó, sino que también, con cada sol que se hunde en el mar, el muerto más se muere, más se hunde en la tierra. Hace poco era una personalidad que sacudía, que aturullaba a todo un reino; ahora es una forma inerte, envuelta en un trapo, que cabe en un ataúd insignificante: dos meses pasan, como dos gotas de una ola, y ¡ya ni siquiera se le distingue el bulto en la vasta impersonalidad del polvo! Veinte cortos días transcurrieron desde que Don Antonio Cánovas cayó muerto, de un tiro, en el hotel de Santa Águeda: y resulta que ya la ardiente, agitadora, estridente noticia de su muerte caducó, se heló, se alineó, seca y rígida, entre los párrafos muertos de la historia, y Don Antonio Cánovas, el hombre fuerte que ensalzaba España de océano a océano, desde Cuba hasta las Filipinas, se desvanece, retrocede y se diluye hacia el pasado, sombra tenue confundida con otras sombras tenues, un incierto Cánovas, que se pierde entre los vagos Metternichs y los desvaídos Cavours...

Pero lo que nunca caducará, lo que permanecerá, y provocará siempre un nuevo escalofrío, ¡es la historia tan simple y trágica de aquellos cinco días de verano en los que el asesino vivió, quieto y cortés, en el mismo hotel, con el hombre que había venido a asesinar! No, ¡ni en la realidad, ni en las cosas creadas por la imaginación, existió nunca un episodio más interesantemente siniestro! En una pequeña estación termal, en Santa Águeda, es donde Cánovas toma baños para su reumatismo, y ocupa el único hotel de aquella aldea entre montes. Una tarde, en un banco del jardín que precede al hotel, conversa alegremente (era un exuberante y sutil conversador) cuando de un ómnibus, del ómnibus que viene de la estación del ferrocarril, se apea un sujeto, de paletó blanquecino, sosteniendo su maleta de

lona. Al pasar, este hombre, avistando al presidente del Consejo, el señor constitucional de España, poderoso e ilustre, alza con reverencia su liviano sombrero. Y Cánovas, con su familiaridad fácil, tan grandemente española, lo saluda enseguida, con un gesto de la mano, condescendiente y afable. ¿A quién saludó así, risueñamente, Don Antonio Cánovas? A la Muerte, a *su* Muerte, que lo vino a buscar a Santa Águeda. Era la Muerte que había llegado de las profundidades del Destino, protegida por un paletó blanquecino, con su guadaña metida en una maleta de lona. Y Cánovas, en el banco del jardín, junto a una mata de frágiles flores que habrán de sobrevivirle, continúa contando, bromeando, mientras la Muerte, *su* Muerte, paga al chofer del ómnibus y, serenamente, sin prisa, cruza la puerta del hotel.

La Muerte entra. La Muerte pide una habitación, individual y barata, en el último piso, hacia donde se dirige tras un empleado, que le lleva la maleta que contiene la guadaña. Allí cuelga el paletó en la percha, se lava las manos de la polvareda del camino y, asomada a la estrecha ventana, la Muerte extiende los hondos y agudos ojos hacia abajo, hacia el jardín, hacia *su* hombre. Él no se mueve, recostado en el banco, entre su corrillo, conversando con la vivacidad, la alegría saludable, la renovada elasticidad de voluntad y pensamiento que le dieron aquellos limpios aires, las benéficas aguas que curan el dolor de las rodillas. Porque Cánovas vino a Santa Águeda a curar las leves dolencias que lo inquietan... La Muerte espía desde la alta ventana. Y hacia el fondo, a través de los árboles, aparecen los tricornos acharolados, las vivas charpas amarillas de la Guardia Civil, destacada en Santa Águeda para cercar, honrar, velar al presidente del Consejo. Pero una campanita tintinea alegremente. Es la cena. La Muerte desciende las escaleras de piedra. Sin un rumor, modestamente, casi tímida, ocupa su lugar en la larga mesa, en la que ya se distribuyeron, con ruido, gruesas matronas con bozo y altas peinetas de concha, coroneles engalonados y desabotonados, curas que murmuran las Gracias palpando el pan. También, con seguridad, entre los jarrones con flores de montaña, algunos bellos ojos, en una ovalada perfección de cálida palidez, refulgen, esparcen su aterciopelada caricia. Pero la Muerte no se da cuenta. Aunque la llaman hermana del Amor, no fue por aquellas mozas, de estrecha cintura, por lo que vino a Santa Águeda desde las profundidades del Destino, en el tren, en segunda clase. Concentradamente recorre el *menú*, desdobra su servilleta. El criado ruidoso sirve la sopa: y la Muerte, cansada y con apetito, come de aquella sopa, de la que, al lado, en una mesa aparte, en la mesa de Su Excelencia, está también comiendo el *muerto*.

Entonces empieza la sorprendente historia de los cinco días. Constantemente, por los pasillos, por las calles mal pavimentadas de la recóndita